



# Otro Libro de Armando Roa

Por HERNÁN ROMERO

Lea Ud. pausadamente *Formas del Pensar Psiquiátrico*. Para encierra que no pueda copiar una mente despierta; pero está tan llena de ideas que induce a meditar. Mas que por entenderse se vuelve sobre los párrafos por el placer de paladearlos. Sin proponérselo el autor escribe condición excepcional. De cultura sólida y en-jundiosa se pasa con soltura por las literaturas profesional y profana, desde los clásicos hasta el novísimo de ayer. El sustrato es un exceso de empírico el segundo calificativo por cuanto originariamente los profanos que (como) fueron, quisiera se quedaban fuera del templo porque no eran iniciados —en psiquiatría, en este caso— como sacre no implicaba torpemente religiosa, sino también extraordinario o que excede del plano social. Por su versación, misma escudo que estudiar las diversas visiones del alma y del cuerpo que nos legaron los antecesores representa empresa inabarcable; por la magnitud y complejidad y avasala que se mostrará apenas al pensamiento agrio. Enemigo de la ostentación lo emplea para esconder el propio que se trahice, sin embargo, cuando conviene con él, lo refuta o lo destila en una rebufo de tal eficacia como para que a menudo persona la esencia irreverente. En las controversias me quedé con Armando casi invariablemente. Se percibe el aura un poco de soslayo en el prólogo y a plena luz en los primeros dos capítulos. Si bien contienen algunas opciones y formulaciones suas de autencia originalidad que conocía ya, adivinaba muchas más que son, a mi saber, inéditas y sorprenden repetidamente: unas porque me hicieron caer en cuenta de que deba disentir de ellas yo mismo y otras porque desvelaron y desenterraron caminos por los que nunca arriesgué aventurarme. Con la agilidad desconcertante de astuto y la gracia desenfadada para fabricar palabras que revelan ser las adecuadas como indispenables, esos caminos aparecen ahora limpios, achucados y tendidos.

Para citar unas pocas palabras no habría tenido que enmendar que "las perennidades del futuro" —dicen— una conferencia a acabar una investigación, en fecha convenida— suelen allegar soluciones largamente buscadas e insinuaciones por efectos del

aguijón y que, sin él se aferra el peligro de caer en la incertidumbre; que, después de trabajado y asimilado, el presente intensifica la claridad del pretérito y que éste no es mera huella en la memoria y puro resguardo, como apostaría Bergson, sino parte significativa de la conciencia actual. En su trascendente laboran oculta y estrechamente el pasado y los planes que uno se ha trazado para asegurarse efectividad plena. Se muestra duplicar un modelo admirado para perfeccionarse y para romper la inextinguibilidad del tiempo, según a ser niño, el adulto o el anciano y en la retrospectiva. La intuición que permite, a la larga, esa identificación y se traduce, entre muchas expresiones, por los remedos de lenguaje, gestos y actitudes abundan particularmente en las edades menores y constituyen el mecanismo principal de formación de la personalidad. No estoy cierto de coincidir en que nos empujamos después en comportarnos porque hemos reparado que se parecen mucho los miembros de la especie. Respecto al fideísmo únicamente la causa existe tanta variedad conmensurable, aunque bastante más reducida. Se debiera acaso dar vuelta la proposición y suponer que por cuanto estamos menos advertidos de las semejanzas que de las diferencias cotidianas, en ocasiones, la imagen del prójimo con la nuestra. En cambio, concuerdo plenamente en que el asombro de poseer un yo progresa lentamente desde las colectividades primitivas a tradicionales hasta las desarrolladas, cultivadas o innovadoras, en que se agranda la distancia considerable que las separa, que en estas circunstancias, aun con exageración, la entrega a otros seres y, sin duda, "no se asimila orgánicamente el universo en conjunto".

Con oportunidad de explicar las discrepancias básicas entre psicosis endógenas y exógenas que estableció Ruchawetter, Roa, propone una delimitación propia de las funciones de la inteligencia que, en el momento presente, sería difícil de enmarcar, y, más aún, de superar: elaborar conceptos operativos, abordar con felicidad situaciones nuevas, seguir la jerarquía que corresponde a los valores y las acciones, prever razonablemente el futuro próximo y construir y ejecutar planes de existencia. No cabe

confundirlas y, en cierto modo, van más allá de las que desempeña la conciencia y que consisten en orientarse respecto al lugar, tiempo y objetivos en que se encuentra el individuo en determinado momento, discreta entre sueño, fantasía y realidad, atender a los estímulos dados del ambiente y grabar en el recuerdo el contenido significativo del instante en que se vive. Resulta evidente que en ella no hay inteligencia; pero que se puede pensar de conciencia y ser, a la vez, nada. En una versión nueva de la teoría clásica del automatismo mental (Pavlov) postuló que están siempre presentes en el hombre sano los síntomas de la psicosis; pero que los ignora porque se halla demasiado inserto en el trabajo cotidiano y rutinario y la cordura histórica entran en un mar eterno de locura. Al propósito el colega apunta que de esta circunstancia prevendría acaso lo que hay de neopático, sagrado y conmovedor en muchos días y que esta condición explica el surgimiento repentino de inspiración, de imágenes poéticas, la repetición involuntaria de conductas, ideas, preguntas desconcertantes y la seducción inesperada de problemas vagos. Representan acontecimientos que con frecuencia y vigor mayor se repiten tal vez hemos experimentado. Me sugiere vagamente el asante de los griegos: —la presión de una naturaleza parca o mesquiña y hostil— que no pudo vencerse sin ciencia y tecnología; pero que lo fue.

Creo recordar que un autor de la antigüedad clásica llama a la mente arpa de mil cuerdas y se valdrá de que, siendo así, no desafíe más a morado. Armando juega que quien medita sobre los obstáculos insuperables que afronta—desde los biológicos a los éticos—, no podrá menos que maravillarse de que sobre tanta adversidad y transforme en propósito el interludio, como también que no adquirirá concepción suprema aproximada de nuestra estructura si no volumenta, al menos, las alteraciones que impiden tareas acas sutil. Alienta Roa al asegurar que el canon ideal del siglo XIX—y, a mi juicio, también del actual—no guarda en su espíritu como verdades sino las verificaciones rigurosas y reducidas a datos, porque logra separarlas del ruido de afectos, entusiasmos y hasta de los resacas de sub-actividades entospeceadoras,

gracias a la elaboración paciente de sus métodos. Cita nombres de figuras desvelantes y, entre ellos, me parece rememorar que Charles Bernard aconsejaba desprenderse, junto con la ropa de calle y antes de colocarse el delantal para entrar al laboratorio, de todo lo que no fuera agudía de sentidos y raciocinio implacable y que, profundamente devoto, se agigante en Darwin, hacia el ocaso, su tendencia a la reclusión y la invasión monacal, abrumadora. Le recordaría haber contrariado al Génesis y hecho tambalear la fe de mucha gente. La honestidad compulsa le impidió conducirse de otra manera; pero entre los motivos que lo indujeron a retrasar en un par de decenios la exposición de su teoría y la entrega a los moldes de El Origen de las Especies preferió la preocupación de que heriría gravemente a la esposa solista que lo defendió sin tregua de las intrusiones y aumentó el precio que se paga por la gloria. En el mundo moderno las exhortaciones de Dintona, las invectivas de Freud—Gyorgyi y, sobre todo, las batallas de Oppenheimer revelan que— a menudo, si no habitualmente— el talento camina a parejas con la sensiblería.

Aunque fíero y grato, alegraría desmesuradamente el relato recoger los profetas locos de que Armando es un optimista impasible. ¡Qué mejor atributo para quien ejerce su disciplina y conduce juventudes! En escritos incógnitos procura la impresión de que son las impresiones y temas los límites entre la leona y la sanidad mental como para que escape la estampa de delirantes que se tocan de frente, están a punto de tocase y de que falta poco para que se despiquen las incógnitas y realmente se cojan, muchos sucesos. Llego al extremo de asegurar que, a despecho del sustrato de interpretaciones, la psiquiatría comenzó a adquirir, unos 20 años atrás, transparencia científica. Escapa así resquebrajamiento de las viejas doctrinas tantas veces modicadas, según las cuales, el médico sabe mucho y hace poco, el cirujano hace mucho y sabe poco y el psiquiatra no sabe ni hace nada. No obstante, el respeto y la admiración que me inspira la Editorial Universitaria no impidió en proclamar que es deseable una impresión que eche descansar el libro.

# Otro libro de Armando Roa [artículo] Hernán Romero.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Romero, Hernán, 1907-1978

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Otro libro de Armando Roa [artículo] Hernán Romero.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile